



EDH

# Relaciones entre Ética, Desarrollo Integral y Solidaridad

CARD. OSCAR RODRÍGUEZ

El que nos encontremos con el término "solidaridad" en muchas propuestas de reforma procedentes de las más diversas instancias y en el mensaje central de la Encíclica *Sollicitudo Rei Socialis* de Juan Pablo II no es una simple coincidencia.

Significa que todos esos proyectos están impulsados por una preocupación moral y no son solamente cuestiones técnicas.

La doctrina social de la Iglesia -como proceso en que se implica toda la comunidad eclesial a través de tres momentos: análisis de la realidad, juicio desde los valores evangélicos y discernimiento para la acción-, ha incorporado desde los años 60 el tema del desarrollo como una de las dimensiones claves de la ética social contemporánea.

El Beato Juan XXIII ya denunció la gravedad de las desigualdades entre las distintas regiones del planeta y criticó las políticas antinatalistas con que algunos querían hacerles frente.

Con ello estaba poniendo de relieve la dimensión mundial de la «cuestión social», que hasta entonces había estado demasiado circunscrita a los países industrializados.

Esta nueva óptica se hace presente con fuerza en la constitución *Gaudium et spes* del Vaticano II: todos los temas tradicionales de la doctrina social (trabajo, propiedad, etc.) pasan a ocupar un segundo plano, mientras que en el primero aparece la categoría ética de desarrollo como aquélla que debe servir de principio orientador de todo lo demás. El Concilio define el auténtico desarrollo con dos exigencias: que sea in-

tegral (que responda no sólo a las necesidades económicas y materiales sino también a las culturales, afectivas, éticas y espirituales del ser humano) y que sea solidario (de forma que llegue a todos los hombres y a todos los pueblos).

El enfoque positivo y optimista del Concilio contrasta con la Encíclica *Populorum Progressio* de Pablo VI que, en cierto modo, le sirve de contrapunto.

Concebida como un documento que quiere concretar la doctrina antes apuntada de la *Gaudium et Spes*, se presenta ante la conciencia de la humanidad como una llamada urgente a la acción.

En ella se denuncian los mecanismos comerciales causantes de la explotación de los pueblos menos avanzados, se critica el rígido capitalismo con su afán ilimitado de lucro,



BSCAM

se exige una transformación radical y planificada de las economías del Tercer Mundo (para evitar además que terminen encontrando su justificación las alternativas de revolución violenta).

Pero hay dos puntos en los que Pablo VI insiste particularmente:

- la obligación de los países industrializados de ayudar a los más pobres, como compensación por comportamientos injustificables en épocas pasadas y
- la necesidad de construir un orden internacional basado en la justicia, ya que el desarrollo es el nuevo nombre de la paz.

En la línea de la Populorum Progressio hay que situar el esfuerzo colegial, entre otros, del episcopado latinoamericano en sus cuatro Conferencias Generales, intentando aplicar el Vaticano II a la situación de aquel continente.

Nosotros, los obispos latinoamericanos, somos portavoces de la profunda aspiración de nuestros pueblos a

la liberación, y vemos en ella la voz de los pobres que los cristianos de todo el continente y del resto del mundo no pueden desatender.

No es sólo una tarea de promoción humana, ni tampoco un reduccionismo del mensaje evangelizador.

Es una dimensión constitutiva de la evangelización, de la misión de la Iglesia que está llamada a ser sacramento de la unión íntima del hombre con Dios y de la unidad del género humano entre sí.

Esta síntesis de liberación humana y salvación cristiana, de promoción y evangelización, es asumida por varios Sínodos de los pontificados de Pablo VI y de Juan Pablo II.

Desde que Juan Pablo II publicó, 20 años después de la Populorum Progressio (1987), la Sollicitudo Rei Socialis, las cosas lamentablemente no han evolucionado hacia algo mejor.

Al buscar las causas del escandaloso contraste entre el hiperdesarrollo

del Norte y el subdesarrollo del Sur, el Papa señala el enfrentamiento entre los bloques existentes entonces.

Un enfrentamiento que es multifacético: político, económico, ideológico y militar.

La mutua desconfianza entre los bloques les lleva a buscar continuamente la ampliación del ámbito de sus influencias sometiendo a los pueblos del Sur al dictamen de sus intereses económicos y estratégicos (neoimperialismo).

El afán de ganancia y el ansia de poder, ambos convertidos en los valores supremos y absolutos de nuestra sociedad, son de hecho los criterios de conducta más generalizados y connaturales: regulan tanto las relaciones espontáneas entre los individuos y los grupos, cuanto las relaciones entre las naciones.

A este sistema de valores, que tiene la competitividad como su columna vertebral, el Papa Juan Pablo II contrasta un nuevo sistema basado en la solidaridad.